

Escripta

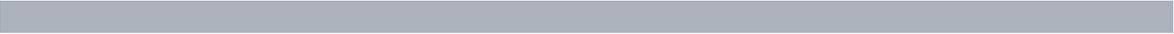
Revista de Historia

Estudio introductorio

El 68, los movimientos estudiantiles y su relación
con los historiadores.

SERGIO ARTURO SÁNCHEZ PARRA

[ORCID.ORG/0000-0001-9036-1464](https://orcid.org/0000-0001-9036-1464)



ESTUDIO INTRODUCTORIO

EL 68, LOS MOVIMIENTOS ESTUDIANTILES Y SU RELACIÓN CON LOS HISTORIADORES.

DR. SERGIO ARTURO SÁNCHEZ PARRA¹⁰

Hace poco más de un año se conmemoró el cincuenta aniversario del 68 mexicano. 1968 fue un punto y aparte en la historia del tiempo presente a escala planetaria.¹¹ Esos doce meses en los que diversos sucesos ocurrieron, casi todos ellos encabezados por miles de jóvenes, cambiaron radicalmente en los años posteriores la configuración política, social, y sobre todo cultural, de las sociedades de posguerra. Fueron muchos los eventos que durante esos 365 días se gestaron. Sin duda fue un año que no puede reducirse al “mayo francés” (Rieznik, et al, 2010, p. 5).

1968 es un pasado que, desde hace media centuria, ha generado la redacción y divulgación de numerosa literatura que busca recordar escriturariamente un acontecimiento que al paso de las generaciones aún se preguntan cuál es la importancia de lo que ocurrió entre finales de julio y el 2 de octubre de 1968. Entre las probables respuestas a esa interrogante, diría Eugenia Allier Montaña, tenemos que: “[...] lo fundamental es qué de ese pasado puede servir para legitimar el presente y hacer que demandas y exigencias del ayer se fusionen con las de hoy” (Allier, 2009, p. 297).

¿Por qué recordar el 68 o los 68? Se trata de la celebración del cincuentenario de una fecha que muchos asumen como el parteaguas de los procesos de liberalización política por los que aún cursa la sociedad mexicana. 1968 fue un año motor de memoria colectiva¹² que aún transmiten de manera oral los actores directos de las movilizaciones encabezadas por el Consejo Nacional de Huelga (CNH), o bien, la memoria histórica que resulta de ejercicios escriturarios efectuados por numerosos investigadores interesados en documentar qué fue y qué sigue significando el 68 para las nuevas generaciones.

Sabemos perfectamente que las coyunturas políticas, económicas o ideológicas detonan la aparición de múltiples memorias históricas en el espacio público. No es fortuito que hace poco más de un año un alud de publicaciones saltaran a la

¹⁰ Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Guadalajara (México). Actualmente se desempeña como Profesor e Investigador de Tiempo Completo Titular C adscrito a la Facultad de Historia de la Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS), miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) Nivel I y del Cuerpo Académico de Historia Socio Cultural de la institución en donde labora. Correo electrónico: ssanchez_parra@hotmail.com; orcid.org/0000-0001-9036-1464

¹¹ La Historia del Tiempo Presente, es aquella “[...] que trata de una historia de lo inacabado, de lo que carece de perspectiva temporal, de una historia de los procesos sociales que todavía están en desarrollo, y una historia que se liga con la coetaneidad del propio historiador (Allier, 2010, p. 14).

¹² El concepto de “Motor de Memoria” hace referencia a los grupos que buscan que la “memoria” del pasado perviva en la sociedad” (Allier, 2010, p. 111).

palestra y otras estén por editarse. La causa es y ha sido: la conmemoración de un hecho histórico que ocurrió hace media centuria, y los resultados de esa producción académica, histórica o no, han generado diversos caminos de análisis sobre el 68.

Varias generaciones de escritores, académicos, literatos y testigos presenciales del movimiento encabezado por el CNH, han dejado correr sus plumas por centenares de páginas. Todas ellas remiten a lugares y escenarios a través de los cuales trascienden las consignas enarboladas por miles de estudiantes de la UNAM, el Politécnico Nacional o el Pliego Petitorio de los 6 Puntos. En un continuo reinterpretar, como lo expresa, Héctor Jiménez:

“[...] las voces de la burocracia gubernamental, la opinión abyecta al régimen; los estudiantes que, perseguidos por la represión, intentaron contar su versión de la historia; los intelectuales que vieron en aquellos acontecimientos la marca de su identidad; los actores políticos que fueron configurando la oposición de izquierda de las últimas décadas; los llamados líderes del 68 [...]” (Jiménez, 2018, p. 27).

Durante 1968 ocurrieron numerosos eventos alrededor del globo terráqueo. En todos ellos la presencia de los jóvenes fue una constante. En la primavera de Praga, encabezada por Alexander Dubcek, en la revuelta de mayo, en París y su irradiación a los cinco continentes, o bien, el propio movimiento estudiantil de la capital de la República Mexicana y sus expresiones regionales, fueron ejemplo del dinamismo y de la participación en el espacio público político de miles de jóvenes. Como desenlace y resultado de todo un año de movilizaciones, tenemos la configuración política, social, y sobre todo cultural, de las sociedades de posguerra.

Pensar el 68 no puede ser el análisis aislado de una fecha sin contexto histórico social, el cual fue fundamental, ya que determinó el transcurrir del tiempo y de las sociedades entre los años sesenta y setenta de la centuria pasada. Fue uno de los momentos más determinantes del denominado periodo de la Guerra Fría, que influiría sobre manera sobre el derrotero de las movilizaciones juveniles de ese año, cuyo funesto saldo fue la matanza del 2 de octubre en la ciudad de México.

Esto se debió a la existencia de un Estado influido por el discurso ideológico de extrema derecha, anticomunista, que asumió que la revuelta juvenil escenificada en la capital mexicana, era parte de una conjura desestabilizadora de la sociedad. Como diría Sara Musotti: “La Guerra Fría en los años sesenta, así como aclaró Greg Grandin, penetró los niveles micro de la sociedad generando la internacionalización y politización de la vida de todas las personas del continente” (Musotti, 2018, p. 264).

1968 pertenece a esa temporalidad, la década de los años sesenta. Una temporalidad que está cargada de múltiples hechos históricos, tales como la Guerra Fría, la revolución cubana y su impacto en Latinoamérica, la lucha por los dere-

chos civiles, encabezados por el pastor Martin Luther King, o la propia Guerra de Vietnam. Múltiples fenómenos que la escritura de la historia no podía ni pueden ignorar. Por ello, Pierre Nora, historiador francés consignó la tesis de que estos temas pertenecían a los territorios de los historiadores y como resultado lanzó la propuesta de que el *Acontecimiento* había retornado. Esta postura metodológica si bien acepta que los pasados recientes cobraron autonomía y legitimidad en el gremio clionaúutico, asume también que los sucesos contemporáneos están cargados de sentido histórico.

Su cercanía en términos cronológicos —en el marco de las profundas transformaciones sociales, políticas, culturales, ideológicas o científicas por las que cursa el mundo actual— han contribuido a que, por ejemplo, los televisores de los hogares en Estados Unidos vieran, simultáneamente, los combates entre fuerzas estadounidenses y unidades del vietcong en la famosa ofensiva del Tet de 1968, o que se pudiera ser testigos, a través de la prensa escrita, radial o televisiva, de la llegada de los hombres a la luna.

Es decir, el *Acontecimiento* viene acompañado de un cúmulo insospechable de información que hace factible su estudio y al mismo tiempo, la validez metodológica como objeto de análisis por parte de los historiadores. Como sostiene Nora, los medios de comunicación: “Prensa, radio, imágenes, no actúan simplemente como medios cuyos acontecimientos serían algo relativamente independientes, sino como la mismísima condición de su existencia” (Nora, 1978, p. 223).

Queda como certeza que esos diez años “revolucionaron” al mundo. O sus efectos, como diría una estudiosa de los movimientos estudiantiles en México, quedaron perfectamente documentados por los mass media y siguen teniendo mucha significación:

Los años sesenta se pueden considerar una larga década de catorce años que va del 1º. de enero de 1959, cuando un puñado de revolucionarios encabezados por Fidel Castro entró triunfante a la ciudad de La Habana, hasta el 11 de septiembre de 1973, cuando el presidente Salvador Allende fue asesinado en el Palacio de La Moneda por el ejército chileno al mando del General Augusto Pinochet (González, 2018, p 206).

De las convulsiones políticas se pasó a las profundas “revoluciones” culturales tales como la puesta en duda de la familia patriarcal, la relación entre hombres y mujeres o el vínculo entre jóvenes y adultos fue cuestionado. Estos fenómenos provocaron una fractura social inusitada. La causa: un segmento de la sociedad que paulatinamente, desde los años cincuenta, aumentaba en población con todas sus consecuencias. El rechazo al mundo de los “viejos” autoritarismos paternos hizo

crisis. En esa época se llegó a decir que: “[...] hay que desconfiar de todo aquel mayor de treinta años” (Villaseñor, 2017, p. 417).

En aquellos momentos de cambios culturales y de patrón demográfico, diversas ideologías se sumaron a estimular el activismo político de miles de jóvenes en México y el mundo. Fue el momento del florecimiento de las utopías transformadoras de la sociedad bajo el influjo del discurso ideológico emanado de la revolución cubana o la gesta del pueblo vietnamita a las que catalizó un movimiento cultural novedoso en la filosofía, el cine, la música o el *boom latinoamericano* que se irradió a todo el orbe.

En los cinco continentes, la influencia transformadora se expresó en todas sus sociedades. Entre los espacios con mayor impacto estuvieron las instituciones de educación superior, que en esos momentos se encontraba en franca expansión matricular ante el aumento de la población juvenil¹⁰ y la irrupción en los campus universitarios de las fuerzas política de izquierda, se convirtieron en receptáculo de diversas tesis ideológicas y políticas que pugnaban por un cambio radical en la sociedad.

En ese marco contextual, las universidades se convirtieron en “cajas de resonancia” de los problemas de las comunidades y, por ende, en espacios en donde se formularían proyectos de todo tipo, incluyendo los clandestinos, los cuales estaban encabezados por organizaciones armadas que impulsaron a cientos de jóvenes desde el río Bravo hasta la Patagonia. Como afirma Silvia González Marín sobre el acontecer de las Alma Mater en los años sesenta:

La universidad, por ser un espacio donde convergen todas las ideas, va a vivir en esa década una agitación política continua y una actividad ideológica intensa en donde se somete al *stablishment* a una crítica implacable y se confrontan y defienden con pasión las diversas visiones del futuro (González, 2011, p. 293).

Insistimos, es un periodo en el que, a nivel mundial, la Universidad se encontró en franco proceso de expansión y transformaciones políticas, culturales e ideológicas. Al mismo tiempo se asumió como el medio a través del cual la preparación, formación profesional y título universitario podían significar movilidad en la estructura social de un país. Al menos así lo pensaba un segmento de la sociedad como lo eran y lo son las clases medias (Marsiske, 1999, pp. 142-157). Todos estos datos contribuyen a generar la certeza de que la problemática universitaria no está al margen del desenvolvimiento de una nación y que por el contrario, las transformaciones repercuten en las instituciones de educación superior y en los estamentos que la integran.

¹⁰ Como dato significativo, en el caso galo, “el número de estudiantes franceses al término de la Segunda Guerra Mundial era de menos de 100.000. Ya en 1960 estaba por encima de los 200.000, y en el curso de los diez años se triplicó hasta llegar a los 651.000 (Hobsbawm, 1998, pp. 302-303).

Es decir, al estar inserta en una polis, las universidades no son agentes inmunes a las problemáticas que cursan las polis o las que ellas mismas tienen frente a los Estados Nacionales. Cualquier coyuntura puede ser factor causal de la protesta juvenil o, en muchos de los casos, los jóvenes son voceros, líderes o dirigentes de grupos de la sociedad que impugnan una situación de injusticia, desigualdad u opresión política.

En ese sentido, los *movimientos estudiantiles* como los de 1968 o los de cualquier otra época, no pueden sino ser pensados o:

[...] se pueden analizar desde muchos puntos de vista, pero en ningún caso son fenómenos aislados o *deviant cases* de la política cotidiana. Los estudiantes y sus movimientos tienen relaciones muy estrechas con el estado general de la sociedad y la calidad y orientación de su vida política (Marsiske, 1998, p. 146).

En esta perspectiva, los movimientos estudiantiles son un fenómeno de larga duración en América Latina. Se tiene documentado que las protestas de las juventudes universitarias han existido desde épocas coloniales. Particularmente, en la segunda década del siglo xx surgió uno que es emblema de todas las movilizaciones de uno de los tres estamentos que constituyen a una Institución de Educación Superior: el instrumentado por los estudiantes en la Universidad Mayor de San Carlos y Monserrat, en Córdoba, Argentina en 1918.

Dirigidos por el intelectual Deodoro Roca y por la Federación Universitaria de Córdoba —bajo el cobijo doctrinario del denominado *Manifiesto Liminar*— esta lucha histórica, en todos sentidos, abrió la puerta a todas las movilizaciones estudiantiles de las décadas que se inspiraron en el ideario de Reforma Universitaria. ¿Cuáles fueron las tesis de ese emblemático Manifiesto?

Libertad de cátedra, libertad para el estudio de cualquier tipo de ideas, obligación de involucrar a la universidad en la búsqueda de soluciones a los problemas sociales, vinculación de la universidad con el resto del sistema educativo nacional, asistencia libre a clases, gratuidad, obligación de la universidad para buscar la unidad latinoamericana o luchar contra cualquier forma autoritaria de gobierno y, sobre todo, autonomía y cogobierno universitario (Acevedo y Malte, 2017, p. 209).

Éste, al igual que los demás movimientos estudiantiles, no puede considerarse como protesta cuya causalidad es de naturaleza endógena. Es decir, aún cuando las problemáticas por las que cursan en momentos determinados, la Alma Mater de cualquier país es afluyente de inconformidades, no puede soslayarse que una universidad —sus estamentos, autoridades, maestros y estudiantes— tienen vínculos con el resto de la sociedad y el Estado mismo.

Por ello, una protesta de jóvenes universitarios, sólo puede ser entendida si tomamos en cuenta la situación interna de una institución de educación superior,

pero al mismo tiempo, la problemática sociopolítica de una nación o entidad federativa, en el caso mexicano que afecta a toda comunidad universitaria, es considerada de suma importancia. En ese sentido, cualquier análisis sobre los *movimientos estudiantiles* tienen que asumir como punto de partida, como sostiene Renate Marsiske, que:

Hay que considerar las limitaciones existentes en la consideración habitual de los movimientos estudiantiles como fenómenos aislados de la política cotidiana: las actividades de los movimientos estudiantiles tienen relaciones muy estrechas con el estado general de la sociedad y la calidad de la orientación de la vida política (Marsiske, 1998, p. 14).

Si asumimos que los *movimientos estudiantiles* están insertos en la dinámica social que trasciende a los propios campus universitarios, quiere decir que los jóvenes en sus protestas no se limitan a enarbolar demandas que se ciñan estrictamente a temas conectados con la educación superior. Por el contrario, sus vínculos con la política general los lleva a establecer relaciones con otros grupos y con otras clases sociales que en momentos determinados se movilizan, y con los cuales los estudiantes articulan nexos de solidaridad e incluso se convierten en su vanguardia.

En ese sentido, un *movimiento estudiantil* obliga a analizar las dos dimensiones de estudio que integran a este objeto de investigación: la dimensión gremial, aquello que se ciñe en estricto sentido a los temas de la Universidad y la dimensión política, cuando la juventud universitaria está inserta en las luchas sociales que se articulan en una comunidad en coyunturas determinadas (Marsiske, 1998).

Pero, ¿qué es un *movimiento estudiantil*? Intentar dar una respuesta a esta pregunta, es aceptar dos cosas: en primer término, que es un concepto abstracto que pretende decir mucho y al final no dice nada. Y en segundo, que remite, obligadamente, a fines analíticos (Garretón y Martínez, 1985, p. 5).

Un *movimiento estudiantil* lo conforman en su inmensa mayoría jóvenes universitarios. A pesar de su especificidad, individuos cuyos orígenes sociales predominantemente es de clase media y aunque también lo integran grupos en condición de marginalidad, insertos en un ambiente escolar en donde se están formando intelectualmente intelectualmente, no deja de ser un movimiento social, el cual se caracteriza por:

[...] acciones que se basan en redes sociales compactas y estructuras de conexiones eficaces y utilizan marcos culturales consensuados orientados a la acción, podrán mantener su posición en conflictos con adversarios poderosos. En esos casos -y solo en esos casos- estamos en presencia de un movimiento social (Tarrow, 2012, p. 47).

Por un lado, el concepto *movimiento estudiantil*, remite a un movimiento social en particular. Por otro, se relaciona con grupos de la sociedad de los 18 a los 25 años de edad. Aún cuando han dejado de ser niños no pertenecen al mundo de los adultos y se encuentran en el proceso de construcción de su propia identidad. Es decir, son una generación integrada por eso: jóvenes. Un segmento de la sociedad que comparte una cultura política, rasgos identitarios como la rebeldía, el pelo largo, la minifalda, la música estridente y que se encuentran inmersos en un contexto histórico determinado como el de la Guerra Fría, Viet Nam, la revolución cubana y los discursos ideológicos y políticos de estas dos últimas alimentaron las utopías radicales de centenas de jóvenes de extracción universitaria.

La gesta revolucionaria de la isla caribeña estimuló proyectos clandestinos y revolucionarios a toda una generación. De diversas universidades latinoamericanas emergieron aquellos cuadros y líderes políticos que crearon y dirigieron varias organizaciones de extrema izquierda que plantearon la lucha armada como la vía más adecuada para la transformación radical de la sociedad. Entonces, ¿por qué es importante Cuba para toda una generación? Diría Sara Musotti que:

[...] la Revolución Cubana a través del concepto de “hombre nuevo” implantó una revolución socialista basada en la lucha al imperialismo en los países del Tercer Mundo y que rápidamente se convirtió en estímulo para los pueblos latinoamericanos y del Caribe que vivieron un camino para la lucha antiimperialista y para la liberación nacional de los pueblos explotados (Musotti, 2018, p. 266).

Si ubicamos las protestas estudiantiles de los años sesenta, y en particular la del 68 que se expresó a escala planetaria, estamos frente a eso: una generación concreta que se diferencia de otras que se gestaron a lo largo del siglo xx. ¿Por qué esta afirmación? De acuerdo Renate Marsiske “La ubicación de una generación significa para los individuos encontrarse en un espacio social histórico específico, lo que caracteriza su manera especial de pensar y de actuar en el proceso histórico” (Marsiske, 2015, p. 25).

En primer término, un *movimiento estudiantil* alude a una generación. En segundo lugar, remite a un segmento de la sociedad que se encuentra en un ambiente escolar que lo está formando intelectualmente. Es decir, los jóvenes inscritos en diversas instituciones de educación superior, pertenecientes a toda una generación, participaron de diversos fenómenos que transformaron el rostro de las mismas. Resalta entre todo esto la masificación de las universidades latinoamericanas. De los años sesenta a los ochenta de la centuria pasada, a lo largo y ancho del continente, las casas de estudios superiores aumentaron exponencialmente su matrícula universitaria. Los siguientes datos documentan esta afirmación:

Cuadro 1:
Evolución de las tasas brutas de escolarización universitaria en América Latina
1950-1960

País	1950	1960	1970	1980
Argentina	5,2	11,3	14,2	21,2
Bolivia	2	3,9	10	12,8
Brasil	1	1,6	5,3	16,8
Colombia	1	1,8	4,7	10,6
Costa Rica	2	4,8	10,6	20
Cuba	4,2	3,2	3,7	27,6
Chile	1,7	4,1	9,4	11,4
Ecuador	1,5	2,5	7,9	26,7
El Salvador	0,6	1,1	3,3	11,6
Guatemala	0,8	1,6	3,4	3,7
Haití	0,3	0,5	0,7	0,7
Honduras	0,6	1	2,3	8,3
México	1,5	2,6	6,1	11,8
Nicaragua	0,6	1,2	5,7	13,8
Panamá	2,2	4,6	7,2	23,4
Paraguay	1,4	2,4	4,3	10,1
Perú	2,4	3,7	11,1	17,9
Rep. Dominicana	1,1	1,3	6,5	15
Uruguay	6	7,8	10	15,5
Venezuela	1,7	4,3	11,6	23,4
Media de la Región	1,89	3,265	6,9	15,115

Fuente: Millán (2018, p. 22-52).

En tercer lugar, tenemos el arribo paulatino de grupos y fuerzas políticas de izquierda a la conducción de las casas de estudio superiores, y por ende las transformaciones en los procesos de enseñanza-aprendizaje de los saberes escolares que, estimulados por el ambiente ideológico y cultural, alimentaron el radicalismo político en las comunidades estudiantiles. Estas fuerzas políticas que acababan de llegar a la dirección institucional de las universidades tenían propósitos claros:

La Universidad, que todas las corrientes de izquierda pregonaban, debía ser crítica, autónoma, democrática y, fundamentalmente integrada en las luchas de las clases subalternas, en contraposición a la vetusta universidad de aquel entonces y a la propuesta de universidad empresarial, defendida por sectores ligados al gobierno (Mancebo, 1999, p. 180).

Estos cambios por los que cursaron las universidades en los años sesenta, provocaron inestabilidad institucional y fueron fuente que alimentó una multiplicidad de movimientos estudiantiles que tuvieron como referente ideológico, y sus diversas recepciones, al *Manifiesto Liminar* de Córdoba, Argentina de 1918. Como resultado promovieron las luchas por la reforma universitaria durante décadas. Es decir, en esos momentos, la dimensión gremial que conformaba a las protestas de la ju-

ventud fue la bandera central que detonó, en muchas ocasiones, la irrupción de los estudiantes en los campus universitarios.

Simultáneamente, la formación intelectual de la que son objeto los jóvenes en las aulas de una institución de educación superior en medio de sociedades como las latinoamericanas, laceradas por la desigualdad social y la opresión política, coadyuvaron a que centenas, quizás miles de estudiantes, salieran a las calles a exigir cambios radicales a las situaciones prevalecientes en sus países. Por lo que en esa época, la movilización universitaria tiene una “[...] estrecha relación entre universidad, sociedad y política en América Latina convirtiendo a las actividades estudiantiles en asuntos políticos (Marsiske, 2015, p. 31).

Asumimos entonces, como lo señalamos párrafos arriba, la dificultad que significa el concepto *movimiento estudiantil*. A la par sabemos cuales son los elementos que hay que considerar en su explicación, tales como: la pertenencia a un segmento de la sociedad a la que se le caracteriza como parte de una generación inserta en un contexto histórico cultural, ideológico y político determinado, que dicho grupo está inscrito en instituciones de educación en donde cursan por procesos de formación profesional e intelectual, además de que el hecho de encontrarse en las universidades implica procesos de politización e ideologización que los pueden llevar a la movilización y protesta callejera, enarbolando demandas como la Reforma Universitaria o de sectores de la población. Es por eso que creemos plausible atrevernos a plantear que un *movimiento estudiantil* es, de acuerdo con Andrés Donoso Romo,

Un conjunto de acciones que, orgánica o inorgánicamente, llevan a cabo los estudiantes universitarios, en cuanto grupo social, para modificar algunos aspectos de la realidad que son identificados como perjudiciales, peligrosos, insuficientes o inadecuados, tanto para el sector como para la sociedad global. Este movimiento, según las circunstancias socio-históricas-políticas en las que se desarrolla, puede tener diferentes grados de estructuración, variando entre un grado máximo de desestructuración, en donde se ubicarían las acciones inorgánicas y espontáneas, a un grado máximo de estructuración, donde la acción es llevada orgánicamente por instancias altamente centralizadas (Donoso, 2017, pp. 58-59).

Pero, ¿cómo estudiar a los *movimientos estudiantiles*? Esta es una preocupación que comparten cada uno de los autores de los artículos que integran este *Dossier*. Desde diversos ambientes geográficos, instituciones de educación superior, ya sean nacionales o extranjeras, en el centro de sus reflexiones está su propuesta sobre cómo estos movimientos pueden ser analizados y convertidos en una representación historiadora.

Autores como Fabio Moraga (2015, p. 155-205) plantea que el estudio de los *movimientos estudiantiles*, necesariamente, incorporan en su abordaje dos dimen-

siones: la perspectiva histórica y la perspectiva sociológica. En primer lugar deben considerarse los contextos históricos y sociales en que están insertas las movilizaciones de la juventud universitaria, la condición de sus organizaciones gremiales y de la institución de educación superior a la que pertenecen. Al mismo tiempo, es necesario documentar los nexos establecidos entre estudiantes, universidad y la política general de los Estados nacionales a los que pertenecen. El segundo lugar, su estudio obliga al uso de categorías conceptuales que expliquen la especificidad de este movimiento social y que, de manera simultánea, aborden las movilizaciones que despliega este segmento de la sociedad, en este caso la juventud en los momentos en los que se vuelca al espacio público político.

Creemos que los ocho autores que participan en este *Dossier* de la revista *Es-cripta* —desde diversas miradas historiográficas— analizan y documentan, por un lado, la significación histórica y cultural del año de 1968. Otros, las dos dimensiones que integran a toda movilización estudiantil universitaria: la gremial o social. Algunos de ellos escribieron sus ensayos con la intención de mostrar las causas, el desarrollo y las consecuencias de la protesta que buscó la transformación interna de las instituciones de educación superior en México o en algún país de América Latina.

De igual forma, el resto de los autores muestran cómo cientos de jóvenes, provenientes de diversas casas de estudios superiores nacionales, trascendieron los campus, se incorporaron a la lucha social y, finalmente, terminaron en la clandestinidad armada.

Álvaro Acevedo Tarazona, Andrés David Correa Lugos y Yuli Andrea Mejía Jerez, escribieron “Cultura, política y revolución en las universidades colombianas: el arte como vanguardia del cambio social a partir de 1968”, en el cual se proponen mostrar cómo las universidades colombianas hicieron uso de expresiones culturales —como parte de su repertorio de oportunidades políticas— en las protestas estudiantiles para debatir y reflexionar las problemáticas sociopolíticas del país y las instituciones de educación superior durante la revolución cultural de 1968.

Por su parte, Marco Antonio Braghetto en “1968 en México: La inesperada significación de un movimiento estudiantil de intención democrático-popular”, reflexiona sobre el significado histórico y los rasgos identitarios que conformaron el estallido estudiantil mexicano que en 1968 culminó en la matanza de Tlatelolco.

A su vez, con un trabajo sobre la protesta estudiantil en Argentina, Mariano Millán, en el texto “Reforma, revolución y contrarrevolución. El movimiento estudiantil argentino entre Laica o Libre y la Misión Ivasissevich, 1956-1974”, el cual es resultado de una reflexión, presenta algunos rasgos de la protesta universitaria en ese país en donde la influencia de la Reforma Universitaria, la Iglesia Católica o el llamado peronismo, impactaron en el derrotero que adoptó la juventud universitaria argentina. Estos jóvenes primero lucharon por la transformación de la univer-

sidad y, finalmente, algunos segmentos tendieron a la radicalización política y a su posterior incorporación a la lucha armada.

De igual forma, desde el sur del continente latinoamericano, Yllich Escamilla Santiago, presenta su estudio “El movimiento estudiantil de Huanta, un eco andino del 68”. El trabajo analiza la importancia que tuvieron los movimientos del 68 en Perú. Particularmente, se enfoca en el análisis del gobierno del General Velasco, cuya política educativa provocó un movimiento estudiantil a favor de la gratuidad de la educación y la respuesta represiva del Estado, como sucedió en la provincia serrana de Huanta, Ayacucho. El artículo resulta oportuno, ya que es una pieza fundamental para comprender el detonante de la lucha armada de Sendero Luminoso, la cual inició en la década de los ochenta.

Por su parte, Gloria Tirado Villegas, especialista mexicana sobre movimientos estudiantiles nos propone su trabajo, “Una revisión al 68 desde otras voces, otras miradas”. Este texto con perspectiva de género cobra importancia porque destaca la inclusión de las mujeres estudiantes en la historiografía del movimiento de 1968, y este punto, para los estudios históricos sobre el tema, sigue siendo una asignatura pendiente.

Con otro ángulo de análisis, Rodolfo Gamiño Muñoz, con su ensayo “Los irreverentes: Intelectuales revolucionarios ante el 68”, aborda los significados políticos en los que redundó el movimiento y la propia masacre de los estudiantes en Tlatelolco, en jóvenes como Raúl Ramos Zavala o Ignacio Salas Obregón, dos líderes indiscutibles del movimiento armado socialista mexicano y fundadores de la Liga Comunista 23 de septiembre. De sus experiencias ante estos hechos traumáticos, resultó una reflexión intelectual que justificó sus argumentos para el tránsito a la clandestinidad armada y la construcción de una organización política y militar que confrontara al Estado mexicano.

En la misma sintonía, Héctor Daniel Torres Martínez, propone un ensayo al que titula “El rostro de la disidencia: Una aproximación al perfil social de la guerrilla urbana regiomontana 1970-1973”. Este artículo tiene como objetivo examinar la composición social de los militantes de las agrupaciones guerrilleras que surgieron en la ciudad de Monterrey durante los primeros años de la década de los setentas de siglo xx, que en su inmensa mayoría, estaban integradas por jóvenes de extracción universitaria, impactados por la represión gubernamental de 1968 o, posteriormente, por la del Jueves de Corpus del 10 de junio de 1971.

Finalmente, y de suma importancia para el conocimiento de la historiografía regional sobre el 68, Kevyn Simon Delgado escribió el artículo “El movimiento del 68 en la Universidad Autónoma de Querétaro”. En él estudia la participación de la comunidad universitaria de la Universidad Autónoma de Querétaro (UAQ). El autor destaca tres ejes de análisis, los cuales resaltan las aristas que integraron al 68 queretano tales como: 1) la huelga estudiantil con la que se obtiene la autonomía

de la universidad en 1958, 2) el conflicto desatado por la titularidad del Patio Barroco durante la gestión de Hugo Gutiérrez Vega en 1966, y 3) el impacto del movimiento estudiantil de 1968. En las conclusiones esbozamos lo que vino después, lo que nos ayudará a tener una visión más completa del impacto del 68 en esta universidad.

A grandes rasgos, estos son los trabajos publicados en este Dossier “Movimientos estudiantiles en América Latina. Después del cincuentenario de los 68s” al que convocó la revista *Eschrifta*, que indaga las expresiones, matices y actores involucrados en la protesta estudiantil acaecida en diversas regiones de México y del continente. No nos queda más que agradecer a todos los colaboradores el interés de enviar sus trabajos a una novel revista interesada en difundir, desde el noroeste de México, el conocimiento histórico al gremio de historiadores y público lector en general. Muchas gracias.

Referencias

- Acevedo Tarazona, Á, Malte, R. (2017). “Movimiento estudiantil y gobernabilidad universitaria en Colombia: 1910-1972”. En: Marsiske, R. (Coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina V*. México: ISSUE-UNAM.
- Allier Montaña, E. (2009). “Presentes pasados del 68 mexicano. Una historización de las memorias públicas del movimiento estudiantil, 1968-2007”, *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 71, No. 2
- Allier Montaña, E. (2010). *Batallas por la memoria*. México: Ediciones TRILCE-UNAM.
- Báez Villaseñor, M. (2017). “Ecos de Viet Nam: el impacto de una contienda destinada al fracaso en el activismo estudiantil de la década de los sesenta en Estados Unidos”. En Rivas Ontiveros, R., Sánchez Sáenz, A., Tirado Villegas, G. (Coords.), *Historia y memoria de los movimientos estudiantiles: a 45 años del 68. Volumen I*. México: UNAM-DGPA, FES Aragón-Gernika.
- Donoso Romo, A. (2017). “Movimientos estudiantiles universitarios en la época contemporánea de América Latina: elementos para pensar un modelo de aproximación histórica”. En: Marsiske, R. (Coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina V*. México: ISSUE-UNAM.
- Garretón, M. y Martínez, J. (1985). *El movimiento estudiantil: conceptos e historia. Tomo IV*. Santiago de Chile: Ediciones Sur.
- González Marín, S. (2011). “La lucha cultural de los estudiantes en los sesenta”. En: Silvia González Marín, S., Sánchez Sáenz, A. (Coord.), *154 años de movimientos estudiantiles en Iberoamérica*. México: UNAM-DGPA.

- González Marín, S. (2018). “El 68 en la memoria colectiva”. En: Rivas Ontiveros, J. (Coord.), *Los años 60 en México. La década que quisimos tanto*. México: UNAM-DGPA-FES Aragón-Gernika.
- González Rubí, M. (2008). “La educación superior en los años sesenta: los atisbos de una transformación sin retorno”, *Sociológica*, año 23, No. 68.
- Hobsbawn, E. (1998). *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica.
- Jiménez, H. (2018). *El 68 y sus rutas de interpretación*. México: FCE.
- Mancebo, D. (1999). “Universidad del Estado de Río de Janeiro. Resistencia estudiantil y reacción universitaria (1950-1978)”. En: Marsiske, R. (Coord.), *Movimientos Estudiantiles en la historia de América Latina I*. México: UNAM.
- Marsiske, R. (1999). “Clases medias, Universidades y Movimientos Estudiantiles en América Latina (1900-1930). En: Marsiske, R. (Coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina I*. México: CESU-UNAM, Plaza y Valdez.
- Marsiske, R. (2015). “Los estudiantes de la reforma universitaria en América Latina. ¿Una generación? En: Marsiske, R. (Coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina IV*. México: ISSUE-UNAM, 2015.
- Millán, M. (2018). “Un análisis crítico de las interpretaciones conceptuales sobre los movimientos estudiantiles de los 60’s”. En: Bonavena, P., Millán, M. (Editores), *Los 68 latinoamericanos*. Buenos Aires: CLACSO, 2018.
- Moraga Valle, F. (2017). “Solo sé que no LOCE: la rebelión de los pingüinos en Chile”. En: Marsiske, R. (Coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina V*. México: ISSUE-UNAM, 2017.
- Musotti, S. (2018). “Los estudiantes chilenos como promotores de la defensa de los derechos humanos durante el 68 mexicano”. En: Rivas Ontiveros, J. (Coord.), *Los años 60 en México. La década que quisimos tanto*. México: UNAM-DGPA-FES Aragón-Gernika.
- Nora, P. (1978). “La vuelta del acontecimiento”. En: Le Goff, J., Nora, P. (directores), *Hacer la historia. Volumen 1. Nuevos Problemas*. Barcelona: Ed. Laia.
- Rieznik, P., y Rabey, P., Lucas, P., Duarte, D, Bruno, D. (2010). *1968, un año revolucionario*. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.
- Tarrow, S. (2012). *El poder en movimiento*. Madrid: Alianza Editorial.